

# Diócesis de Barbastro-Monzón

*Seréis mis testigos hasta el confín de la tierra*



*La Iglesia empezó  
siendo una  
comunidad martirial*

*“Testigos de esto  
somos nosotros  
y el Espíritu Santo”  
(Hch 5, 32)*

**1**

**Primera Semana de Cuaresma  
2023**

## ***Comenzamos rezando***

---

La historia de la Iglesia comienza con un testimonio. San Lucas, que, además de médico, fue evangelista e historiador, dejó escritas las primeras páginas de la historia de la Iglesia a partir del acontecimiento sorprendente de la ascensión de Jesucristo resucitado a la derecha del Padre. Un pequeño grupo, compuesto por los Once (Judas ya se había quitado la vida y Matías aún no había sido agregado al grupo) y algunas mujeres, con María, la madre de Jesús, entre ellas, perseveró unido en la oración hasta que irrumpió el Espíritu Santo y los lanzó a anunciar que lo ocurrido con Jesús cincuenta días atrás era cosa de Dios: lo había resucitado y manifestado como Mesías. Todo aquel grupo se presentaba como garante de que Dios había constituido al crucificado Señor y Mesías.

Algunos del grupo, Pedro y Juan, que eran de los más significados, empezaron a realizar signos como los que Jesús había hecho antes de que fuera crucificado y, cuando los apresaron y amenazaron para cerrarles la boca, respondieron con valentía: «No podemos menos de contar lo que hemos visto y oído» (*Hch* 4, 20). De nada sirvieron las amenazas ni los castigos; ellos eran testigos y un testigo merece credibilidad cuando ratifica con su vida lo que ha visto y vivido.

La Iglesia, pues, empezó siendo una comunidad martirial o testimonial. Mártir es lo mismo que testigo, un testigo dispuesto a dar fe de la veracidad de sus palabras incluso con su propia vida, como muy pronto ocurrió con

el diácono Esteban (*Hch* 7, 54-60).

Reconozcamos, con el siguiente canto, que también nosotros, como cristianos, somos una comunidad martirial:

Nos envías por el mundo  
a anunciar la Buena Nueva.  
Mil antorchas encendidas  
y una nueva primavera.

Si la sal se vuelve sosa,  
¿quién podrá salar el mundo?  
Nuestra vida es levadura,  
nuestro amor será fecundo.

Siendo siempre tus testigos  
cumpliremos el destino.  
Sembraremos de esperanza  
y alegría los caminos.

Cuanto soy y cuanto tengo,  
la ilusión y el desaliento.  
Yo te ofrezco mi semilla,  
y Tú pones el fermento.

*(La versión musical, en youtube. Escoger la versión original)*

---

## ***La dimensión martirial en la Iglesia de Barbastro-Monzón***

---

En los más de veinte siglos de historia que tiene la Iglesia, los episodios martiriales han estado presentes constantemente en todos los lugares donde la Iglesia ha echado raíces. Todos los días hay cristianos que dan

testimonio, con obras y palabras, de que Jesucristo es vida y esperanza para el mundo.

Estos testimonios son ratificados con la vida y acciones de los creyentes. Una vida impregnada y guiada por la fe es siempre martirial, como la Iglesia proclama en el himno de Vísperas en la fiesta de los santos mártires:

Martirio es el dolor de cada día  
si en Cristo y con amor es aceptado,  
fuego lento de amor que, en la alegría  
de servir al Señor, es consumado.

Esas tareas de cada día, con las que se testimonia la presencia de Cristo entre nosotros, siempre producen el dolor de un esfuerzo generoso, entregado y muchas veces no reconocido. Y en no pocas ocasiones, ese testimonio ha sido sellado con la entrega de la vida, que ha sido arrancada al mártir sin lograr que renunciase a ser testigo de que Jesucristo vive y es vida abundante para el mundo.

Nuestra Iglesia diocesana ofrece un claro ejemplo de Iglesia martirial. En tiempos todavía cercanos, sufrió una intensa y dolorosa persecución religiosa. La Iglesia universal, por boca del Sucesor del apóstol Pedro, le ha reconocido esta dimensión martirial inscribiendo en el catálogo de los santos, que se llama martirologio, al obispo beato Florentino, a los sacerdotes beatos José Jordán y José Nadal, conocidos como “los curetas de Monzón”, al sacerdote beato Vicente Montserrat, párroco de Villanueva de Sijena, a ciento veinte religiosos del Corazón de María, de los Escolapios y de los Benedictinos del Pueyo, y al gitano beato Ceferino Jiménez Malla. Además, está estudiando la causa de doscientos diez

sacerdotes, tres monjas clarisas del Monasterio de Monzón, treinta y cuatro cristianos laicos y cinco seminaristas, que entregaron su vida en aquella misma persecución religiosa.

Nosotros somos herederos de la fe de estos hermanos nuestros, pues, como afirmó con rotundidad Tertuliano en el año 197, «la sangre de los mártires es semilla de cristianos». Una constatación parecida, a mitad del siglo II, fue la del autor de la “Carta a Diogneto” y, a finales del siglo II, la de Hipólito Romano, cuando la persecución de Septimio Severo. Damos gracias a Dios por el testimonio de los mártires de la Iglesia, que nos sostiene en la fe, con el himno que la Iglesia pone en nuestros labios en la Liturgia de las Horas de la fiesta de los mártires:

Palabra del Señor ya rubricada  
es la vida del mártir ofrecida  
como una prueba fiel de que la espada  
no puede ya truncar la fe vivida.

Fuente de fe y de luz es su memoria,  
coraje para el justo en la batalla  
del bien, de la verdad, siempre victoria  
que, en vida y muerte, el justo en Cristo halla.

Martirio es el dolor de cada día,  
si en Cristo y con amor es aceptado,  
fuego lento de amor que, en la alegría  
de servir al Señor, es consumado.

Concédenos, oh Padre, sin medida,  
y tú, Señor crucificado,  
el fuego del Espíritu de vida  
para vivir el don que nos has dado. Amén.

## ***Es cosa del Espíritu Santo***

---

Cuando en el libro de los Hechos de los Apóstoles se narra la muerte del primer mártir cristiano, leemos que Esteban «lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la derecha de Dios». Esta presencia del Espíritu Santo le dio la fortaleza necesaria para soportar la muerte sin dejar de dar testimonio de Cristo. La presencia reconfortante del Espíritu Santo es la que produce, en la siempre débil voluntad humana, esa decisión suprema de entregar la vida.

Los testimonios del martirio del obispo beato Florentino han conservado su última conversación con los verdugos, cuando lo subían al camión que lo conduciría a la muerte: «Hermosa noche para mí —dijo el obispo—. Voy a la casa de mi Padre». Sus guardianes comentaron: «Se ve que no sabe dónde le llevamos»; pero el beato corrigió: «Lo sé. Me lleváis a la gloria. Yo os perdono. En el cielo rogaré por vosotros».

Sin embargo, aceptar el martirio no es una decisión fácil, porque el instinto de conservación nos apega a la vida. El párroco de Perarrúa, mosén Fermín Gabás, tenía miedo mientras esperaba ser detenido y se le oyó decir: «No tengo madera de mártir»; pero, en el momento de su detención, exclamó con valentía: «Se ve que Dios me quiere para mártir».

¿Quién, si no el Espíritu Santo, les infundió los dones de la fortaleza, la audacia y la valentía para afrontar la muerte por testificar que Jesucristo vive? Dice el papa

Francisco: «la santidad es *parresía*: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en el mundo. Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: “No tengáis miedo”. Estas palabras nos permiten caminar y servir con esa actitud llena de coraje que suscitaba el Espíritu Santo en los Apóstoles y los llevaba a anunciar a Jesucristo. Audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico, todo eso se incluye en el vocablo *parresía*» (*Gaudete et exsultate*, 129).

Según el testimonio del evangelista Lucas, Jesús ya previno a los suyos para que su testimonio fuera valiente y sin temor, y les prometió la ayuda del Espíritu Santo:

«A vosotros os digo, amigos míos: No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más. Os voy a enseñar a quién tenéis que temer: temed al que, después de la muerte, tiene poder para arrojar a la *gehenna*. A ese tenéis que temer, os lo digo yo. (...) Cuando os conduzcan a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo o con qué razones os defenderéis o de lo que vais a decir, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel momento lo que tenéis que decir» (*Lc 12*, 4-12).

Es consolador recordar que el Espíritu Santo infundió a nuestros mártires las palabras oportunas en el momento supremo. Pidamos que también nosotros nos veamos confortados con el don de la fortaleza para dar testimonio de Cristo en la vida de cada día:

Ven, Espíritu divino,  
manda tu luz desde el cielo.  
Padre amoroso del pobre;  
don en tus dones espléndido;  
luz que penetra las almas;  
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,  
descanso de nuestro esfuerzo,  
tregua en el duro trabajo,  
brisa en las horas de fuego,  
gozo que enjuga las lágrimas  
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,  
divina luz, y enriquécenos.  
Mira el vacío del hombre,  
si tú le faltas por dentro;  
mira el poder del pecado,  
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,  
sana el corazón enfermo,  
lava las manchas, infunde  
calor de vida en el hielo,  
doma el espíritu indómito,  
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones,  
según la fe de tus siervos;  
por tu bondad y tu gracia,  
dale al esfuerzo su mérito;  
salva al que busca salvarse  
y danos tu gozo eterno. Amén.



---

La Iglesia empezó siendo una comunidad martirial

---

Y contemplemos la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas mientras escuchamos el siguiente canto:

*El Señor os dará su Espíritu Santo,  
ya no temáis, abrid el corazón,  
derramará todo su amor. (bis)*

Él transformara hoy nuestra vida,  
os dará la fuerza para amar.  
No perdáis vuestra esperanza,  
Él os salvará.  
Él transformará todas las penas  
como a hijos os acogerá.  
Abrid vuestros corazones a la libertad.

*(La versión musical, en youtube. Escoger la versión de Kairoi)*

## **Para la reflexión personal y en grupo**

---

- ◆ ¿Soy un testigo que anuncia a Jesucristo resucitado con obras y palabras? ¿Cuándo lo hago? ¿Cómo lo hago?
- ◆ ¿Medito sobre la experiencia de nuestros mártires pensando en ellos como personas cercanas a nosotros? ¿Me encomiendo a su intercesión y encomiendo a nuestra Diócesis para que siga dando testimonio de Jesucristo?
- ◆ ¿Confío en la presencia del Espíritu Santo cuando me siento llamado a anunciar a Jesucristo? ¿Me reconforta la promesa que hemos escuchado de labios de Jesús?

## ***Guía para orar durante la Cuaresma***

### ***Para la primera semana***

*Del 26 de febrero al 4 de marzo*

El Bautismo es el *Sacramento de la fe*, por el que Dios nos acoge como hijos en su Hijo Jesucristo. Por él estamos llamados a dar testimonio de Jesucristo en el mundo y en nuestra propia familia.

### ***Lecturas bíblicas para esta semana***

El libro del Apocalipsis, último libro del Nuevo Testamento, ha nutrido el testimonio perseverante de muchos hermanos en la fe durante los tiempos de persecución, que la Iglesia ha sufrido durante toda su historia.

Se sugiere leer, durante esta Cuaresma, breves textos del Apocalipsis, con los que sostener nuestro testimonio en medio de las dificultades.

En esta primera semana, podemos acompañar la lectura del texto de este folleto con la lectura y meditación pausada del capítulo 1 del Apocalipsis. En él descubriremos a Jesucristo resucitado, vencedor de todos los martirios.

### ***Oración para esta semana***

Jesús, no tiene manos.

Tienes sólo nuestras manos  
para construir un mundo donde habite la justicia.

Jesús, no tienes pies.  
Tienes sólo nuestros pies  
para poner en marcha la libertad y el amor.

Jesús, no tienes labios.  
Tienes sólo nuestros labios  
para anunciar al mundo la Buena Noticia a los pobres.

Jesús, no tienes medios.  
Tienes sólo nuestra acción  
para lograr que todos seamos hermanos.

Jesús, nosotros somos tu Evangelio,  
el único evangelio que la gente puede leer,  
si nuestras vidas son obras y palabras eficaces.

Jesús, danos tu amor y tu fuerza  
para proseguir tu causa  
y darte a conocer a todos cuantos podamos.

### ***¿Cómo rezar con la Palabra de Dios?***

1. Antes de empezar a leer, invoca al Espíritu Santo para que te ayude a comprender.
2. Lee despacio y con atención el texto indicado para el día correspondiente.
3. Una vez leído, recuerda por ti mismo el texto, durante unos momentos, como tratando de hacerlo tuyo.
4. Piensa: ¿este texto ilumina algo de lo que pasa en mi vida?

5. Puedes volver a leer el texto y habla con Dios sobre lo que se te vaya ocurriendo.
6. Para terminar, reza con la oración indicada para cada semana y rézala solo o, si te es posible, con otros miembros de tu familia.

### ***Ocho consejos para orar con la Palabra***

1. Lee atentamente, sin prisa, con algunas pausas.
2. Lee tratando de escuchar a Dios, como de persona a persona.
3. No te preocupe tanto entender qué quiere decir el texto que estoy leyendo cuanto de preguntarte: *¿qué me dice Dios con esta palabra?*
4. Para sentirte implicado en lo que lees, suprime los nombres propios del texto (por ejemplo, Zaqueo, Simón, Juan, Santiago...) y sustitúyelos por tu propio nombre.
5. Si la lectura “no te dice nada”, quédate en paz. Tal vez otro día te diga algo. Más allá de nuestro esfuerzo está la gracia de Dios. A veces “nuestra hora” no es “su hora”.
6. Cuando reces los salmos, piensa que también los rezaron Jesús, María, José, los Apóstoles y muchos santos y creyentes sinceros a través de los tiempos. Ponte en el lugar de Jesús y habla al Padre con sus sentimientos.
7. Aplica a tu vida la Palabra que estás meditando, procurando ver cómo influye en ti.
8. En resumen: lee, relee, medita, contempla, saborea, aplica.